

La arquitectura es algo más que bellas palabras

ALBERTO CAMPO BAEZA

Dentro del ciclo de conferencias organizadas en los últimos años por el Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, con la colaboración del Museo Español de Arte Contemporáneo y la Escuela de Arquitectura, y por donde han pasado arquitectos como Richard Meier, o Alvaro Siza, Mario Botta o Tadao Ando, se había confirmado la asistencia para este curso de RAIMUND ABRAHAM. Por graves razones personales inesperadas, anunció la imposibilidad de venir la misma mañana en que iba a tener lugar su primera conferencia en la Escuela de Arquitectura de Madrid.

Incluimos este comentario de Alberto Campo Baeza sobre RAIMUND ABRAHAM, preparado con ocasión de esta venida. Esperamos que en mejor ocasión, no lejana, podamos tener a ABRAHAM entre nosotros.

«Y yo que hablé tanto, con afán insaciable de convencer, me convencí a la larga de que los argumentos más graves y las demostraciones mejor conducidas, medrado efecto alcanzaban sin el apoyo de esos detalles (está hablando Sócrates del precepto del arquitecto-Eupalinos en que defiende que no hay detalles pequeños en la ejecución de las obras de arquitectura), al parecer baladíes. Y de que en cambio, ideas mediocres, convenientemente asidas a palabras llenas de tacto o doradas como coronas, seducen por largo tiempo la oreja. Esa alcahueta (la palabra), se halla a las puertas del espíritu.»

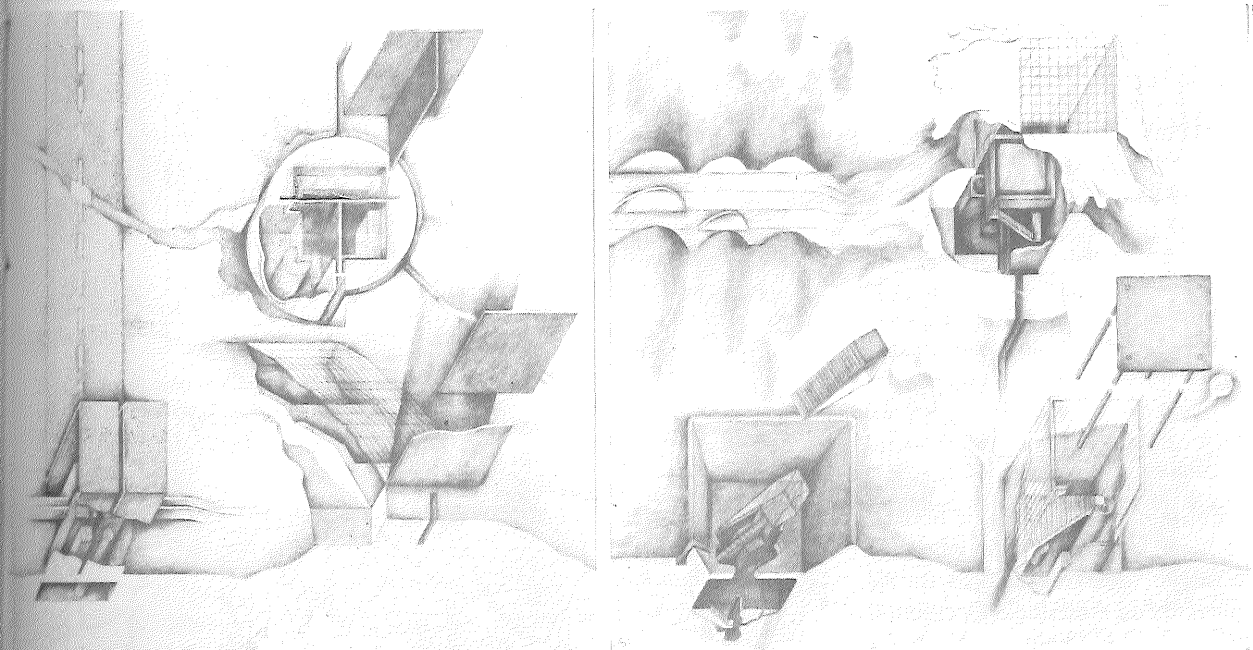
Paul Valéry. Eupalinos

Cuando en el verano de 1982 se presentaba en el Cuartel del Conde Duque de Madrid la exposición de Proyectos de Arquitectura para el IBA 84 de Berlín, entre las a veces poco convincentes obras de muchas de las muy renombradas estrellas del actual y siempre oscilante firmamento arquitectónico, destacaba la contundente obra de un arquitecto menos conocido por algunos: RAIMUND ABRAHAM. Su conjunto de viviendas, de gran certeza conceptual, se expre-

saba con enorme brillantez formal a través de una sugerente maqueta y de unos bellísimos dibujos. Cumplía una vez más con el compromiso de la traducción arquitectónica, en una arquitectura real y posible, de una actuación cargada de poesía.

La obra de RAIMUND ABRAHAM se enmarca en un continuo y directo entendimiento de la arquitectura como intervención poética. Pero no una poética entendida como argumento literario de una arquitectura cualquiera brillantemente explicada a través de convincentes palabras. Por el contrario, ABRAHAM nos convence con y desde su arquitectura, imbuida toda ella del difícil aliento poético. Sus bellos argumentos literarios sólo complementan lo que sus obras nos dicen con voz fuerte y potente.

En un momento como el actual (¡cuán largo se hace ya este tiempo!) en que frente a una asfixiante producción carente de ideas se opone, cual canto de homéricas sirenas, una muy atractiva avalancha de palabras tan alejadas de la realidad que estando cerca de las estrellas se acaban estrellando al ponerse en contacto con dicha realidad, la obra de



RAIMUND ABRAHAM se aparece como solución (nunca la única), al dilema planteado. Sus profundas ensañaciones tienen la capacidad de poder convertirse en realidad.

Esta última revolución de la arquitectura, a la que se asiste a veces con enorme ingenuidad, no ha tomado la Bastilla ni el Palacio de Invierno (empleando la clara imagen de J. Cueto). La arquitectura, ¡qué poca originalidad!, ha tomado la palabra. Y la palabra, dictatorialmente, se ha vuelto contra ella y ha tomado la arquitectura. Las arquitecturas de muchos de los actuales santones, no serían nada o casi nada si les faltara la palabra. (¡Y cómo vas a recoger el trigo, y alimentar el fuego, si yo me llevo la canción!).

¿Es que la mansión de los hobbits de Portland no es un flaco servicio a las inteligentes ideas-palabras-dibujos de Graves?

¿Es que las estrelladas paredes de la Delaware House tendrían algún interés fuera del acero literario al que las somete-nos somete Venturi?

¿Es que necesitan de la palabra las piezas que se engarzan en la historia

de la arquitectura y a las que nuestro pensamiento, por inteligente y agudo que sea, no añade más valores esenciales que los que ellas generosamente emanan de por sí?

¿Será cierto que la obra de Kahn no sería nada sin Sculli?

En este sentido, la arquitectura de RAIMUND ABRAHAM no necesita de la palabra previa, aunque posteriormente la reflexión sobre ella, la palabra añadida, nos sirva para acentuar escondidos matices.

La obra de ABRAHAM, que querriamos ver levantada, nos golpea despertándonos desde, para, por, cabe, con, contra, de, para y por la arquitectura.

Y con la triple distinción que Paul Valéry hace en su Eupalinos, sobre edificios que son mudos, edificios que hablan y edificios que cantan, podríamos decir que las arquitecturas de ABRAHAM son un canto continuo de una belleza que surge de lo más profundo. ¡Y cómo vas a recoger el trigo, y alimentar el fuego si yo me llevo la canción! Y RAIMUND ABRAHAM nos devuelve el canto incontentible.